

cuantificación con enunciados cualitativos y la manera como se maneja la cuestión de las escalas en los estudios.

Para finalizar, Hobsbawm concluye que la historia de la clase obrera, al igual que todas las ciencias sociales, se ocupa tanto de cambiar al mundo como de interpretarlo. Pero esta relación es compleja, ya que la interpretación tiene que ser objetivamente válida, nos convenga o no. También debería quedar muy claro a qué nos referimos cuando hablamos de "cambiar el mundo"; puesto que existe una relación directa entre la teoría académica y las intenciones políticas (recordemos el Proyecto Camelot o las experiencias en Viet Nam). Así, habría que preguntarse ¿De qué manera y en qué dirección queremos cambiar el mundo? ¿Se halla el deseo de cambiarlo implícito en nuestras investigaciones? ¿Corremos el peligro de olvidar que el tema

y el objeto de nuestras investigaciones son las personas? Finalmente Hobsbawm afirma que no debemos correr el peligro, toda vez que nuestro tema trata de personas: no de la "clase obrera", sino de trabajadores, hombres y mujeres reales. Nuestra labor es crear un mundo en el cual los trabajadores puedan forjar su propia vida y su propia historia, en vez de dejar que se la forjen otros, incluyendo los académicos (p. 28).

No quisiéramos extendernos más ni concluir sin dejar de llamar la atención sobre la riqueza de los demás estudios recopilados. Por ejemplo, es de gran interés el texto dedicado a "La Formación de la cultura obrera británica", en donde nos narra la experiencia de los trabajadores que viven los procesos de industrialización y urbanización durante el siglo XIX, así como las fases del desarrollo de su conciencia de clase y

las maneras como la cultura obrera se fue consolidando y transformando. Nos da una descripción muy bien lograda de las condiciones materiales y de la vida cotidiana de los trabajadores y de las mujeres casadas de la clase trabajadora, subrayando las características específicas de la condición obrera de estas mujeres (p.230 ss). También nos habla de sus tradiciones, de las tabernas, de los deportes, de sus rituales, de su ocio, etc. Un artículo que invita a los historiadores de la clase obrera a incursionar por estos inéditos y sugerentes rumbos.

En fin, cada uno de los textos es una invitación a la reflexión y un incentivo para emprender propios y nuevos estudios. La historia social de la clase obrera tiene en *El Mundo del Trabajo* una aportación de muchos quilates, no sólo por los resultados, sino también por la manera cercana y solidaria de abordarla.

Demografía y fuerza de trabajo

Rina Ortiz

Nicolás Sánchez-Albornoz (compilador), *Población y mano de obra en América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, 326 pp.

Es evidente el creciente interés que ha suscitado en las últimas

décadas el estudio de la historia económica y social de América Latina; los avances en este orden han sido considerables: se han delineado las tendencias generales del desarrollo económico y señalado aquellos problemas y temas que precisan de una mayor profundización. Entre éstos des-

taca la necesidad de acercarnos a la comprensión de las modalidades que asumió la explotación de la fuerza de trabajo antes de que ésta concurren libremente al mercado. La presencia de fenómenos como el reclutamiento forzoso de trabajadores o el recurso a la inmigración para resolver las

necesidades de la producción se han vinculado frecuentemente a factores demográficos; sin embargo, algunos aspectos de esta relación, merecen ser más ampliamente estudiados y matizados. El libro que nos ocupa constituye un aporte nada desdeñable en la aproximación a estos aspectos. Los catorce ensayos compilados analizan, como indica el nombre de la publicación, la relación que guarda la demografía con las formas de obtención, estructura y características de la fuerza de trabajo en seis regiones de América Latina: Alto Perú, Brasil, Venezuela, Guatemala, Argentina y Uruguay. Los límites cronológicos de la obra van del siglo XVI al XX, si bien la mayor parte de los trabajos están dedicados al periodo colonial y a la primera centuria de vida independiente.

Aunque afines, los ensayos abordan el problema de la mano de obra desde diferentes ángulos o se refieren a determinados aspectos de la relación población-fuerza de trabajo; por ello, en lugar de un comentario crítico particular, creímos pertinente presentar al lector las temáticas e hipótesis generales de los trabajos.

Antes de ello, quisiéramos señalar algunos problemas comunes. En primer lugar, en todas las áreas estudiadas se observa la larga extensión temporal del proceso de formación del mercado de trabajo; es decir, la lenta transición a formas de relación reguladas exclusivamente por el salario. A esta situación contribuyeron esencialmente dos factores: la falta de capital y la existencia de ocupaciones o fuentes de sustento alternativas para los trabajadores. Una segunda constante es la de la escasez de trabajadores; este problema se aborda tomando en cuenta las implicaciones de la su-

jeción colonial y la dependencia de la producción local de las exigencias del mercado mundial. En esta perspectiva, la escasez de trabajadores no aparece determinada exclusivamente por factores demográficos; en ciertos casos se trató, más bien, de una escasez relativa ya que la demanda de brazos estaba condicionada por las exigencias de la metrópoli, mismas que el crecimiento natural de la población no podía satisfacer. En cada región, el peso de cada uno de los elementos señalados fue distinto, de allí la diversidad de formas que adoptó la explotación de la mano de obra.

En "Los indígenas de Guatemala en los siglos XVI y XVII: tamaño de la población, recursos y organización de la mano de obra", Murdo J. MacLeod, examina las distintas formas que presentó la relación entre la actividad económica y la mano de obra en las provincias que conformaban la Audiencia de Guatemala durante los siglos XVI y XVII. El autor destaca dos elementos determinantes en las características que asumió la explotación de la fuerza de trabajo: los recursos naturales y el tamaño de la población. MacLeod analiza breve, pero sugerentemente, las modalidades de la mano de obra a partir de las variables mencionadas y encuentra que, en aquellas zonas donde la población indígena, por su número y organización, representaba el principal objeto de explotación, la economía siguió centrada en los pueblos de indios y la exacción tributaria constituyó la forma primordial de la relación. En las regiones donde se establecieron cultivos destinados a la exportación y la población escaseaba, los dominadores lograron implantar determinados mecanismos para atraer y sujetar a

los trabajadores, produciéndose así migraciones que, a la larga, lograron alterar la economía original de los pueblos indígenas y su organización social interna. Otras zonas que no ofrecían, en ese momento, recursos susceptibles de explotación pero contaban con población numerosa, se constituyeron en exportadores de mano de obra para las plantaciones de Cuba y Panamá, e incluso el tráfico alcanzó lugares tan lejanos como el Perú, donde la producción mercantil requería un aumento constante de trabajadores. El agotamiento de esta forma de explotación se produjo mucho más rápidamente.

Una situación intermedia se presentó en aquellas regiones donde los recursos y el mercado alcanzaron cierto dinamismo, como en el caso de la ciudad de Guatemala, pero que por diversas razones no rebasaron el ámbito local. En ellas se recurrió con frecuencia al trabajo forzado y las relaciones salariales tardaron más en aparecer; se trataba de zonas con suficiente población indígena que enviaban trabajadores de repartimiento regularmente. De este examen se desprende que en esta interdependencia inicial entre los recursos naturales y humanos explotables, la producción mercantil impulsó los cambios más significativos.

Los ensayos de C. Sempat Assadourian y Ann Zulawski se refieren a la región andina, lugar de importante concentración de población indígena y de yacimientos minerales. En "la crisis demográfica del siglo XVI y la transición del Tawantinsuyu al sistema mercantil colonial" Assadourian analiza los mecanismos que permitieron subordinar la economía indígena al desarrollo de la economía mercantil "en

medio de un vertiginoso derrumbe de la población indígena". El fenómeno de despoblación, es considerado fundamental para la comprensión de la acción colonial, ya que la Corona Española debió, necesariamente, tomar en cuenta la magnitud disponible de trabajadores al reglamentar o normar la utilización de la mano de obra indígena en relación a las actividades económicas que representaban un mayor interés para la metrópoli. Así, el autor distingue dos periodos en el proceso de despoblación a los que corresponden formas distintas de explotación. La evolución de la forma y magnitud de la exacción tributaria de trabajo a especie, tasada por arriba de las posibilidades reales de las comunidades, alteró la economía indígena reduciendo las posibilidades de su reproducción; por otra parte, la disminución de la población restringió las posibilidades de aprobación del excedente en trabajo por parte de los dominadores. En la zona analizada, las necesidades de la minería obligaron a la búsqueda de soluciones para proteger la producción. Las reformas introducidas por Toledo, en la década de 1570, ejemplifican precisamente la forma en que la producción de mercancía-dinero subordina la producción agrícola indígena, al modificarse las condiciones de acceso y ocupación del suelo que hasta ese momento servían para la reproducción del individuo se consiguió que la reproducción de la fuerza de trabajo continuara haciéndose bajo ciertos principios de economía campesina tradicional en sus propios territorios, en tanto que la fuerza de trabajo indígena, fue forzada a inscribirse bajo condiciones técnicas de la producción europea y a nuevos principios de dirección autorita-

ria, en suma, fue sometida a una lógica de producción distinta.

En "Mano de obra y migración en un centro minero de los Andes: Oruro, 1683", Zulawski basa su análisis en el censo de la población del centro minero de Oruro para 1683, apuntando "conclusiones provisionales acerca de la permanencia de la fuerza de trabajo y de la relación entre trabajo asalariado, acceso a la tierra e incorporación de los indios al mercado, tanto en calidad de consumidores como de trabajadores" (p. 97). La población de Oruro, nos dice, estaba formada por migrantes de las zonas aledañas, sin que fuesen trabajadores forzados. Su permanencia en el lugar, así como el número de nacidos allí, permite inferir la existencia de una mano de obra estable. Dicha estabilidad es indicativa de que se encontraba en proceso la formación de una mano de obra profesional dependiente completamente del salario. Sin embargo, este proceso tardará en completarse ya que no todos los forasteros habían roto completamente sus vínculos en sus comunidades de origen: los datos sobre el pago regular del tributo así lo confirman. Por otra parte, para esta época algunos indígenas todavía poseían tierras, de modo que el salario no constituía aún la fuente única de subsistencia, sino más bien un complemento a la agricultura. En Oruro, a diferencia del Potosí —donde la mita retrasó la formación de una mano de obra permanente y disciplinada— la existencia de tierras y animales en el área vecina, convertía a los indígenas en trabajadores seguros (por su necesidad de pagar el tributo) y al mismo tiempo, la comunidad podía reabsorber a sus miembros en épocas de crisis de la minería.

H.S. Klein centra su análisis en una de las ideas apuntadas por A. Zulawski: la capacidad de la comunidad indígena para retener sus tierras y enfrentar los requerimientos crecientes de la economía mercantil hasta bien entrado el siglo XIX. Si bien la permanencia de la comunidad había sido ya destacada por otros autores, Klein busca con "Respuesta campesina ante las demandas del mercado y el problema de la tierra en Bolivia. Siglos XVIII y XIX" las causas que la explican en la propia dinámica de la comunidad; le interesa indagar esencialmente cuáles fueron los mecanismos utilizados para defenderse. Ante la carencia de testimonios directos, el autor recurre a fuentes indirectas: los censos, que le permiten conocer la dimensión y la estructura de la fuerza de trabajo. Con esta información, Klein plantea la hipótesis de que fue el incremento de los forasteros, es decir los campesinos de otras comunidades con acceso limitado a las tierras y con mayor movilidad, lo que permitió a las comunidades resistir las demandas de un mercado en expansión; al constituirse en el sector dominante de la mano de obra campesina, los forasteros dieron paso a la reducción de las presiones sobre las comunidades; por otra parte, al ser empleados por las mismas comunidades dieron a éstas mayor competitividad en la producción para el mercado. El autor, sugiere que fueron las propias comunidades las que fomentaron el incremento de este tipo de campesinos, esta fue su respuesta a las presiones ejercidas por la economía mercantil. El planteamiento no deja de ser interesante, en tanto que no presenta a la comunidad como un sujeto pasivo; sin embargo, quedaría por explicar las causas que origi-

naron un creciente número de campesinos marginales; habría que incursionar más profundamente en la dinámica de las comunidades.

Cuatro ensayos dan cuenta de la importancia de la agricultura de exportación en la historia brasileña, dos más, dedicados a este tema para Venezuela, permiten observar que las diferencias entre la política colonial portuguesa y española condujeron a respuestas distintas en la forma de inserción de la mano de obra en la producción agro-exportadora.

María Luisa Marcilio en "Población y fuerza de trabajo en una economía agraria en proceso de transformación. La provincia de Sao Paulo a fines de la época colonial" estudió los cambios estructurales que produjo la explotación del café impulsada por Portugal ante la declinación a fines del siglo XVIII de la producción de oro y brillantes. La autora parte de las "listas nominales" consistentes en cuadros sistemáticos de la población de la Capitania de Sao Paulo de 1765 a 1830, que proporcionan datos sobre sexo, edad, color, estado civil, condición social, ocupación y origen de sus habitantes. Las listas nominales también aportan datos sobre producción, comercio, exportaciones e importaciones de cada municipalidad de la Provincia. Del análisis resulta que la primera gran transformación fue la valorización de la tierra por la aparición del gran propietario que desplazó a los "posseiros" campesinos medianos y pequeños, dedicados a la agricultura de subsistencia, que ocupaban tierras sin el título correspondiente. El análisis de los datos demográficos permite a la autora mostrar el avance del sector capitalista fundado en la explotación del trabajo

esclavo y el incremento del número de "posseiros" sobre la denominada línea de frontera.

Marcilio detiene su análisis en 1830; algunos aspectos de la situación posterior son examinados por Chiara Vangelista en "Inmigrantes y caipiras en la división del trabajo en la hacienda paulista (1850-1930)". Su análisis se refiere a las consecuencias que trajo para Brasil la creciente demanda de café en el mercado mundial. Dos eran los principales problemas que se planteaban a los grandes propietarios: la necesidad de extender el área de cultivo y la de incrementar el número de trabajadores. El primero, representaba dificultades menores ya que había tierras aptas y disponibles; el segundo en cambio aparecía como grave al suspenderse el tráfico de negros y abolirse la esclavitud. El efecto de la liberación fue la incorporación del antiguo esclavo a la economía de subsistencia y al sector de servicios. La cuestión de quién sustituiría al esclavo fue ampliamente debatida, pero los propietarios se plantearon reocupar al antiguo esclavo; tampoco se consideró al trabajador nacional "caipira" apto para el trabajo en la plantación. "No se estaba buscando una oferta de mano de obra que, desde el punto numérico, cubriera las necesidades del aumento constante de la producción; antes que nada era preciso encontrar una forma de trabajo que se adaptara a la realidad de la plantación" (p. 223). La solución fue el colonato que, con inmigrantes extranjeros, permitió distribuir la mano de obra donde se la necesitaba y evitaba además desembolsar en efectivo. La introducción de extranjeros, en sustitución del esclavo, no modificó la estructura productiva de las haciendas cafetaleras: "los

brasileños siguieron siendo marginales, la fuerza de trabajo de las plantaciones continuó siendo un elemento exógeno al sistema de relaciones económicas y sociales brasileñas". Así, Chiara Vangelista muestra que la introducción del trabajo libre no desembocó en la alteración de las relaciones sociales de producción, en el sentido de que no se modificó el patrón de tenencia de la tierra. Los colonos no ocuparon tierras baldías, sino las tierras del antiguo esclavista, pagando una renta por el uso del suelo que se le daba para el mantenimiento de su familia; el colono vino de esta manera a reforzar el sistema de propiedad privada. Su trabajo sintetiza una de las contradicciones más interesantes de los casos presentados en este libro: escasez de trabajadores en condiciones de amplia oferta de mano de obra nacional.

Otros aspectos de la producción cafetalera en el Brasil son estudiados en el ensayo de José de Souza Martins, "Del esclavo al asalariado en las haciendas de café, 1880-1914. La génesis de trabajador volante". Este autor se refiere a las dificultades de la producción cafetalera para evolucionar hacia relaciones capitalistas plenas después de la abolición de la esclavitud. Souza, examina las características del proceso de producción del café para explicar tanto la marginación de los trabajadores brasileños como la presencia de una forma no capitalista de explotación de la fuerza de trabajo como era el colonato, el cual implicó, además, cambios en la estructura demográfica por estar basado en la inmigración. Asimismo, el autor analiza los diversos factores que fueron convirtiendo en inoperante el colonato y se evidencian los límites impuestos por la dependencia de la deman-

da internacional y la baja de los precios en el mercado. La necesidad de adecuarse a nuevas circunstancias del desarrollo capitalista europeo generaron respuestas institucionales: legislación sobre tierras, fomento a la colonización, y también respuestas particulares: desplazamiento de las tierras destinadas a la subsistencia por las destinadas al cultivo del café. La conjunción de estos factores fue abriendo el camino para la aparición del trabajador asalariado.

Un aspecto distinto al colonato, el tamaño de la familia, es abordado por María C. V. A. de Oliveira y Felicia Madeira en el ensayo "Población y fuerza de trabajo: el caso de la cafecultura en el oeste paulista". En desacuerdo con las explicaciones que dan algunos autores para comprender el descenso en las tasas de fecundidad en el Brasil contemporáneo y que hacen recaer la explicación en la proletarianización de los habitantes, las autoras recurren al análisis del pasado y ponen en tela de juicio la hipótesis de la familia grande durante el colonato como condición del éxito de su funcionamiento. Analizando los datos estadísticos disponibles, así como la organización del trabajo del colonato —que combinaba el trabajo en la producción del café con la agricultura para la subsistencia— se demuestra que el tamaño de la familia no era tan grande como se supone, sino más bien se asemeja a la del presente. El tono del artículo es propositivo: revisar todos los argumentos hasta ahora defendidos por muchos autores basados en la existencia de una familia numerosa en el pasado.

Resulta interesante contrastar la modalidad que adoptó la combinación capitalista, cultivo de ex-

portación con agricultura de subsistencia, en Venezuela. Los artículos presentados por Gastón Carballo y Josefina Ríos "Mano de obra en la agricultura de exportación venezolana" y el de Aníbal Arando "Oferta de trabajo y expansión agraria. La agricultura venezolana del periodo de Guzmán Blanco (1873-1899)", son en cierta medida complementarios a pesar de plantear hipótesis divergentes. Partiendo de las características propias del cultivo del café, muestran también, como en el caso del Brasil, la coexistencia de la agricultura de plantación con la familiar de subsistencia. Aquí, sin embargo, la insuficiencia de trabajadores se plantea como el problema central, del que se derivan los límites que tuvo la producción cafetalera en esta región. Carballo y Ríos, distinguen las formas de inserción de la mano de obra en la producción agroexportadora por regiones, insistiendo en la necesidad de considerar las diferencias demográficas en cada zona. Estos autores, presentan las formas de inserción de la mano de obra tanto en la hacienda, como en la pequeña agricultura. En la primera, de mayor importancia económica, la agricultura de subsistencia radicó en el "conuco", que representaba la concesión de tierra al trabajador para posibilitar su reproducción. La interpretación del carácter del conuco en ambos trabajos es diferente. Mientras para Carballo y Ríos significa una respuesta al problema crónico de mano de obra en Venezuela, se le considera una forma de sujeción, para Arando, la existencia del "conuco" es la causa de la escasez de trabajadores ya que no obligaba al campesino a vender su fuerza de trabajo. Este último autor se pregunta por el verdadero senti-

do de la insuficiencia de trabajadores. Concluye, mediante el análisis de las características de la fase de expansión de los cultivos, que la agricultura del café es incapaz de generar mano de obra excedente. Esta conclusión sugiere una reinterpretación del supuestamente lento crecimiento de la población venezolana.

La escasez de trabajadores es también un problema característico para Argentina. En la región de Buenos Aires, estudiada por Hilda Sabato, en "Trabajar para vivir o vivir para trabajar: empleo ocasional y escasez de mano de obra en Buenos Aires, ciudad y campaña, 1850-1880", la exportación de los derivados del ganado bovino representaba la principal actividad económica. Las características de esta actividad requerían en general de pocos trabajadores, salvo los estacionales. Así, la inestabilidad en el empleo va a ser el rasgo más característico del sistema de trabajo. Es, considera la autora, una necesidad fomentada por los propios ganaderos. A la larga esto afectó las formas de vida y organización de los trabajadores pues produjo movilidad geográfica y ocupacional. Analizan también las respuestas que dan los trabajadores a la variabilidad en la demanda de brazos: el robo se vuelve una forma de vida, aceptada y sancionada hasta que la diversificación del mercado impone medidas correctivas. Frente a la inestabilidad y la escasa especialización provocada por las características mismas de la economía, se recurre a la inmigración; ésta será la que resuelva el problema del mercado de trabajo.

De características diferentes es el trabajo presentado por Dean: "Las poblaciones indígenas del litoral de Sao Paulo y Río de Janeiro. Comercio, esclavitud, re-

ducción y extinción". Este deduce a partir de datos ecológicos y de patrones de asentamiento el número de habitantes para una región costera de Brasil ocupada

por los indios tupinambá antes de la conquista. A partir de esta reconstrucción puede medir la verdadera dimensión del derrumbe de la población a raíz de la

llegada de los europeos. El autor utiliza fuentes novedosas para estimar el número de habitantes y así ponderar los efectos que produjo la conquista.

Sandino rescatado

Emma Yanes

Instituto de Estudios del Sandinismo, *Ahora sé que Sandino manda*, Managua, Ed. Nueva Nicaragua, 1986, 435 pp.

En Nicaragua, la historia oficial bajo la dictadura de Somoza se empeñó en borrar de la memoria colectiva el asesinato del líder campesino Augusto César Sandino. Nunca apareció su nombre en libros de texto, ni fue mencionado en los cursos, ni en la prensa, ni mucho menos en la diplomacia internacional. Por lo demás, las carreras de historia, antropología y sociología no existían. Sólo el libro *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*, bajo la firma de Anastacio Somoza, hace referencia al líder. Lo hace, desde luego, para satanizarlo. Sandino es, según ese texto, un analfabeta, bandolero y robavacas, que pasó a mejor vida gracias a la mano del general. El libro, editado al finalizar los años treinta, no tuvo ningún éxito, causó más bien malestar e indignación. Lo mismo sucedió en 1959 cuando la censura prohibió la circulación del libro *El señor presidente* de Miguel Angel Asturias.

Ni el tiempo, ni la represión militar e ideológica, lograron des-

pojar al país centroamericano de su historia subterránea. Quién era el Sandino asesinado en 1934, y porqué y cómo había luchado contra el ejército norteamericano y las fuerzas conservadoras, era algo que permanecía en la memoria. La lucha de antaño se transmitía entre los campesinos de generación en generación. En los años sesenta la todavía incipiente guerrilla descubre en Sandino a un "héroe nacional clandestino". La tradición oral y sus canales cotidianos burlan a diario la imposición cultural y política del régimen. Desde la montaña Carlos Fonseca —futuro fundador del FSLN—, afirma "Es impresionante la familiaridad con que el campesino y el montañés mencionan el nombre de Sandino. El joven campesino repite con respeto el relato de sus mayores". En los meses de julio y agosto de 1960, Carlos Fonseca establece relación con el coronel sandinista Santos López y el capitán Heriberto Reyes, ambos veteranos del Ejército Defensor de Soberanía Nacional. Los suyos fueron testimonios de primera mano sobre la lucha popular de los años veinte y treinta, retomados por la nueva generación de nicaraguenses.

Después de la traición a Sandi-

no por el presidente liberal Juan B. Sacasa, los miembros del Ejército Defensor se vieron obligados a ocultar su identidad bajo nombres ficticios y abandonar a su familia. Pero difundían en secreto su propia historia. Luego del triunfo revolucionario de 1979, el Instituto de Estudios del Sandinismo compiló por medio de centenares de grabaciones los testimonios de esos primeros combatientes. El resultado es el libro *Ahora sé que Sandino manda*. Su columna vertebral es precisamente la memoria colectiva: las vivencias frescas de un ejército campesino pobre y casi desarmado que logró en los años veinte vencer a las fuerzas conservadoras y al ejército norteamericano hasta que Sandino decide entregar las armas al gobierno liberal de Sacasa. Después la historia conocida: el presidente había negociado ya con los Estados Unidos el asesinato del líder popular y la formación de la Guardia Nacional.

El primer capítulo *La columna Segoviana*, corresponde a los años de la guerra constitucionalista —1926-28—, y al nacimiento de la primera cédula sandinista entre los mineros de San Albino. Comenta uno de los veteranos: "Yo conocí a Sandino perfectamente